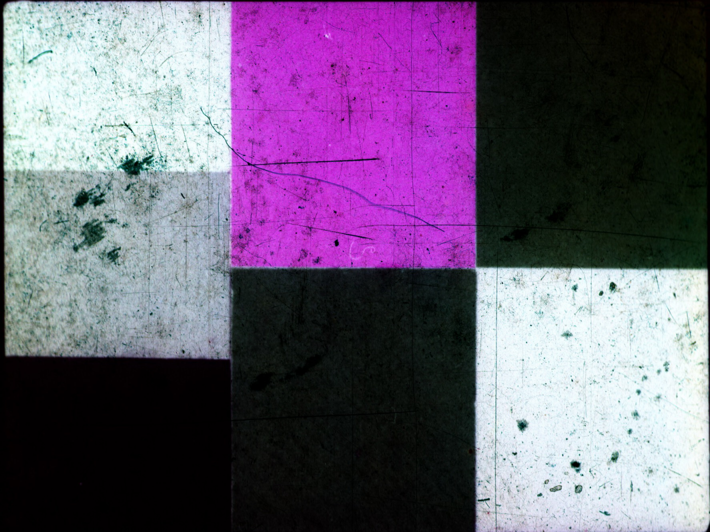


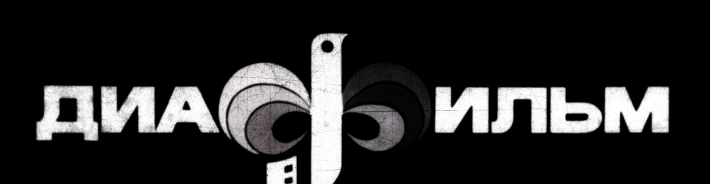
VI 1976

2 3 2

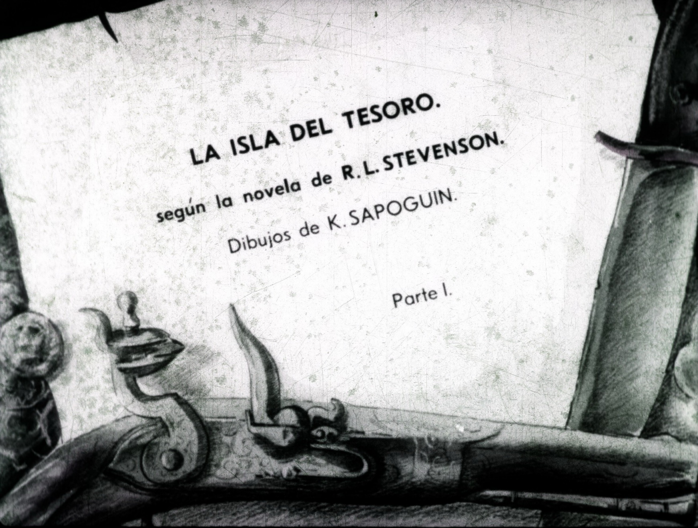
ТУ 19-32-73

5

1


ДИАФИЛЬМ

Э08-3-594


LA ISLA DEL TESORO.
según la novela de R. L. STEVENSON.
Dibujos de K. SAPOGUIN.
Parte I.



En el verano de 1752 en nuestra ciudad, en el sur de Inglaterra, apareció un hombre alto y triste vestido de marinero. Su cara estaba cruzada por una terrible cicatriz. Lo seguía una carretilla con un pequeño baúl.



El recién llegado se detuvo en la puerta de nuestra taberna, la empujó y le gritó al dueño: «Viviré aquí un tiempo. Tocineta y huevos fritos, es todo lo que necesito. ¡Llámenme capitán!». Como anticipo, tiró al suelo unas cuantas monedas de oro.



Durante días enteros el capitán deambulaba por la orilla del mar con su catalejo y examinaba los buques que nevegaban en las cercanías, como si esperara y, al mismo tiempo, temiera a alguien.



Por las tardes se sentaba en la sala, tomaba ron, y emborrachándose como una cuba, comenzaba a cantar una espantosa canción pirata:

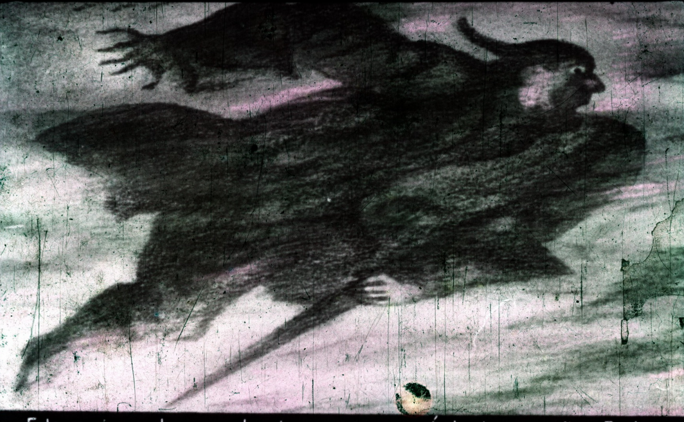
«Ouince hombres en el baúl del muerto,
¡Oh! la botella de ron.
Bebe, y que te lleve el diablo,
¡Oh! la botella de ron.



Si a algún marinero se le ocurría entrar en la taberna, el capitán, al principio, lo examinaba a través de la cortina que había en la puerta y, sólo después de esto, salía a la sala. Yo sabía lo que pasaba.



Una vez el capitán se sinceró conmigo. Me llamó aparte y prometió pagarme cuatro monedas de plata al mes por vigilar si se aparece por alguna parte un marinero con una pata de palo.



Este marinero de una sola pierna me perseguía hasta en sueños. En las noches tempestuosas, cuando el viento hacía temblar las cuatro esquinas de nuestra casa y el oleaje rugía en la bahía y en los peñascos, él se me aparecía en sueños de mil distintos modos, en forma de mil diablos diferentes.



Una noche al lado de la taberna me encontré con un ciego. Caminaba apoyándose en un bastón. Al oir mis pasos, el rogó: «Ayuden a un pobre ciego a llegar hasta la taberna». «Con mucho gusto, señor» — respondí yo, y le dí la mano.



El ciego me apretó la mano, tanto que me llegó a doler, y dijo entre dientes: «Condúceme a lo del capitán, cachorro».



Cuando entramos, el capitán estaba cenando. El ciego se detuvo en la puerta y canturreó con voz dulzona: «Billy, ¿no has reconocido a tu antiguo compañero de barco?». El capitán se estremeció, y se quedó pasmado.



El ciego se acercó apresuradamente al capitán, le metió en la mano un círculo de papel del tamaño de una moneda y salió por la puerta. —¡La marca negra! —exclamó el capitán con voz apagada. — Me han hallado, canallas. Ahora estoy perdido... Se quiso levantar, pero no le alcanzaron las fuerzas para ello.



«—Jim—me dijo,— toma la llave. Allí arriba en mi baúl, hay un mapa. Tráelo aquí y escóndelo... ellos no deben...» Y sin terminar la frase, cayó pesadamente al suelo.



En este momento se oyeron voces en la calle. Me pareció oir la voz del ciego. Sin ponerme a pensar, corrí por la escalera hacia arriba a la habitación del capitán.



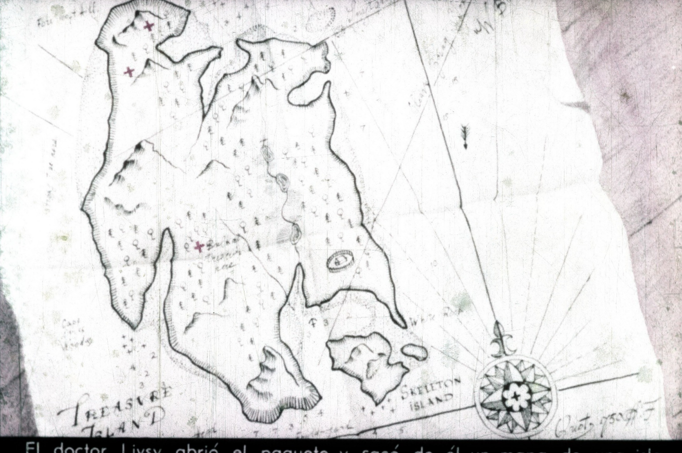
En el baúl había un par de pistolas, una daga con una empuñadura de plata, un compás, muchas monedas de oro y de plata y un paquete lacrado. Los bandidos ya estaban en la casa. Yo oía sus voces. Alguien subía las escaleras.



No había camino para retroceder. Metí el paquete entre mis ropas, abrí la ventana y me lancé a la obscuridad.



Mis pasos me llevaron a casa del Dr. Livsy. Allí encontré al Sr. Treloni. Los dos señores oyeron mi relato con curiosidad.



El doctor Livsy abrió el paquete y sacó de él un mapa de una isla desconocida. En el mapa resaltaban tres crucesitas trazadas con tinta roja.



El señor Treloni no cabía en sí de gozo. «¡Pero si este es el mapa del capitán Flint! ¡El famoso pirata! Aquí está indicado el lugar donde el guardó su inigualable tesoro. ¡Jim! ¡Doctor Livsy! ¡Ahora somos los hombres más ricos de Inglaterra!



Al día siguiente comenzaron los preparativos para el viaje. El doctor Livsy y Treloni compraron y equiparon un barco llamado «La Española» y un tabernero cojo, antiguo marino, ayudó a contratar marineros. El mismo accedió a quedarse en el barco como cocinero.



Dentro de una semana zarpamos. Al principio yo le temía al cocinero cojo. Me parecía que era el mismo marino del cual me habló el capitán.



Pero pronto nos hicimos amigos. Era una persona alegre. Se llamaba Silver. Cuando bajaba a la cocina oía con gusto los cuentos del mar y me moría de risa cuando el papagayo gritaba: «¡Piastras! !Piastras! ¡Piastras!», y pronunciaba horribles blasfemias marinas.



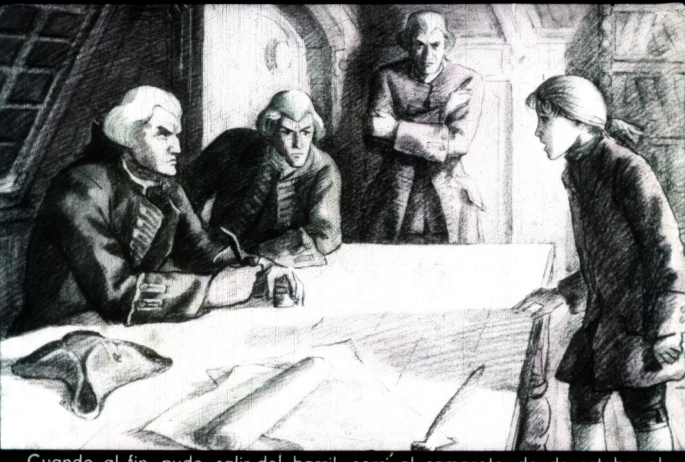
Una vez tuve sed. En la borda había un barril con manzanas que calmaban rápidamente la sed.



En el barril quedaban sólo unas cuantas en el fondo, por esto tuve que meterme en él. Allí en la obscuridad, mecido por el rítmico balanceo del barco y el chasquido del agua, me quedé dormido.



Me despertó una converzación en voz baja. Eran dos los que hablaban. Por la voz me dí cuenta que uno de los que hablaban era Silver. «Nos desharemos de ellos en la isla, en cuanto carguen el tesoro al barco»—decía el cocinero. «Está bien, Silver»—respondió el otro pirata.



Cuando al fin pude salir del barril, corrí al camarote donde estaba el doctor Livsy, el señor Treloni y el capitán Smolet, y les conté todo lo que sabía.



Con cada día que pasaba los piratas se hacían más insolentes. Parecía que ellos estaban a punto de amotinar la tripulación antes de llegar a la isla. Silver estaba no menos preocupado que nosotros.

El corría de un grupo a otro persuadiendo a todos para que esperasen, que no se apurasen.



No sé como terminaría todo esto si no hubiesemos llegado a tiempo a nuestra meta. El vigía gritó: «¡Tierra!», y todos vieron una isla gris cubierta por bosques con costas arenosas. Al ver la isla los marineros se alegraron.



El capitán decidió dejar bajar a los marinos a tierra. Bajaron al agua dos botes. A último momento, antes de que se separasen los botes, me tiré a uno de ellos. Silver, que se encontraba en el otro me vió y gritó: «¿Eres tú, Jim?».



Nuestro bote llegó primero. En cuanto la proa tocó la arena, brinqué a la orilla y corrí hacia el bosque. «¡Jim! ¡Jim!»—gritaba a mis espaldas Silver, pero yo ni siquiera miré hacia atrás.



Por vez primera experimenté la felicidad de ser explorador de tierras desconocidas.



De pronto oí voces que se acercaban. Rapidamente me metí entre los arbustos y me oculté.



A través del follaje ví a Silver. El le hablaba de algo a otro marinero llamado Tom. Llegué a oir la cortante respuesta de Tom: «Antes prefiero morir como un perro, que faltar a mi deber».



El marinero dió media vuelta y se fue. Pero no logró ir muy lejos. Silver levantó su muleta y, como si fuese una lanza, la arrojó a la espalda del que se alejaba. Tom emitió un grito y cayó muerto.



Despavorido, eché a correr.



Me detuve al llegar al pie de una ladera rocosa. Me pareció haber visto una sombra en lo alto.



Ante mí se alzó una figura extraña, parecida a una persona. Me acordé de los relatos de los caníbales. Estaba ya a punto de pedir socorro, pero en este preciso instante palpé en mi bolsillo una pistola.



Recobré el valor. Me dirigí hacia el isleño. De pronto este cayó ante mí de rodillas y habló con una voz que se parecía al chirrido de una cerradura herrumbrosa: «Yo soy Ben Gan, marino. Hace tres años que no hablo con nadie. Me dejaron aquí los piratas. Dime, ¿este barco no es de piratas?».



«No,—contesté,—pero en nuestro barco hay unos cuantos piratas, y entre ellos uno cojo»... «¡Silver!—gritó Ben Gan espantado. Yo lo tranquilicé diciéndole que Silver era mi enemigo.



Inesperadamente, a lo lejos, sonó un disparo de cañón. Lo siguió un segundo, luego otro. Sobre el bosque, a media milla de distancia, ondeó una bandera británica. «¿Será posible que los piratas se hayan establecido en la isla?» —pensé en voz alta... «No, los piratas hubieran izado una bandera negra, —dijo Ben. —Estos no son los piratas, son tus amigos».



Miré hacia el mar y ví que el barco tenía izada una bandera negra. «Ve a donde están los tuyos, y diles que Ben Gan está dispuesto a ayudarles si ellos me entregan mil monedas del tesoro, que depor sí me pertenece, y me llevan a casa».



Pronto vimos un fuerte rodeado de una alta estacada. Sobre el fuerte ondeaba una bandera británica. Me despedí de Ben y le prometí que él me había pedido.



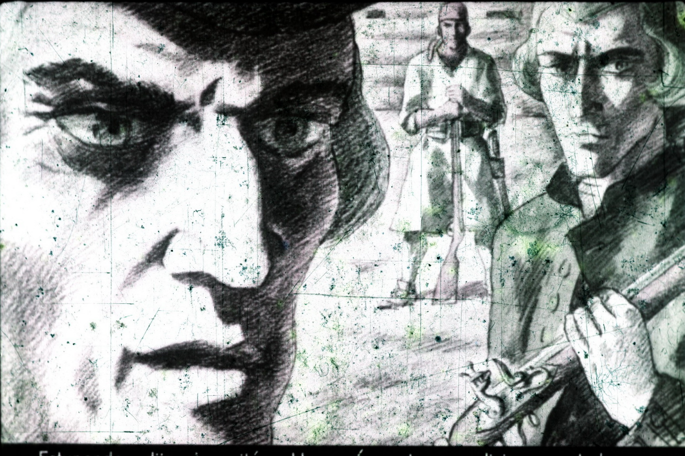
Relaté todas mis peripecias, mi encuentro con Ben Gan y la petición que éste me hizo. Me dieron de comer y me mandaron a dormir.



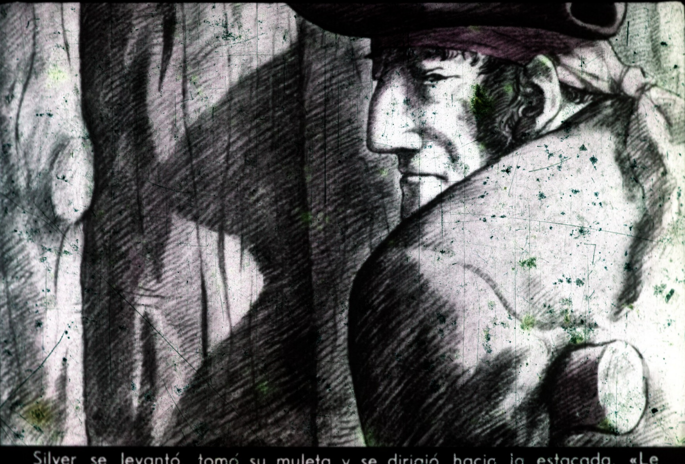
Por la mañana Silver junto con otro pirata, llegaron al fuerte. El pirata enarbolaba un palo con un trapo blanco. «¿Qué quieren Ustedes?» — preguntó el capitán Smolet. «Somos parlamentarios» — respondió el cocinero y, con una destreza de mono, brincó la estacada.



Se sentó sobre la tierra, llenó su pipa con tabaco y dijo: «Les propongo las condiciones siguientes: ustedes me entregan el mapa, y nosotros los llevamos hasta el puerto que ustedes quieran».



«Estupendo,—dijo el capitán.—He aquí nuestras condiciones: ustedes entregan las armas, y nosotros los esposamos y los llevamos a Inglaterra para entregarlos a las autoridades como amotinados».



Silver se levantó, tomó su muleta y se dirigió hacia la estacada. «Le prenderemos fuego al fuerte, y los asaremos como pollos. Y los que queden vivos envidiarán a los muertos».

FIN DE LA PRIMERA PARTE